

JORGE SEFERIS

Premio Nobel de la Literatura 1963 *

EDELWEISS PACCIOTTI DE GONZALEZ

INTRODUCCION

Cuando, el día 24 de Octubre del año pasado, la prensa difundió la noticia de que el Premio Nobel de la Literatura había sido asignado al poeta griego Jorge Seferis, todos experimentamos una íntima satisfacción, porque ese señalado reconocimiento lo sentimos como la cancelación de una deuda o una reivindicación justa y necesaria.

Una meta, sin embargo, a la que no era difícil que condujera un camino que venía de muy lejos y que había conocido las cumbres más altas.

Ese camino, si tratamos de remontarlo, nos lleva a tres mil años atrás o más, al comienzo pues de aquella grandiosa civilización de la antigua Grecia que —por sus múltiples aspectos— es considerada como la más completa que se haya dado en el seno de la humanidad.

La historia de Grecia y por ende de su literatura, desde sus comienzos hasta hoy, suele dividirse en tres grandes etapas:

- 1ª) Período antiguo
- 2ª) Período medioeval o bizantino
- 3ª) Período moderno

El período bizantino abarca desde el siglo V después de J. C., hasta el siglo XV: aproximadamente mil años. Mil años durante los cuales la conciencia del pueblo griego —a pesar de las invasiones bárbaras en la península balcánica— se mantiene unitaria y constante, mientras el idioma, difundido por todo el territorio del Imperio Bizantino, va lentamente evolucionando y aparece en la fase que se denomina: griego bizantino o medioeval.

El período de la Grecia moderna y de su literatura —concediendo un poco a lo que puede tener de convencional una fecha en relación con un desenvolvimiento histórico— va desde 1453, año en que Bizancio cayó en manos de los turcos, hasta nuestros días.

Unas huellas indelebles han dejado en el pueblo griego los recuerdos de la dominación turca: cuatro siglos de un régimen a base de terror.

Como episodio tristemente significativo recordaremos que el Partenón, el célebre monumento clásico en la Acrópolis de Atenas, fue convertido

* (Conferencia dictada por la doctora Edelweiss Pacciotti de González, profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, el 11 de septiembre de 1964).

por los turcos en polvorín, que accidentalmente estalló, quedando el antiguo templo semidestruído. Esto sucedía hacia fines del siglo XVII.

La imposibilidad de entendimiento entre dominadores y dominados mantuvo oprimida y escondida la nacionalidad griega, pero viva; viva en su recogimiento más secreto, como las aguas frescas de una reserva subterránea, si es lícito valernos de la célebre imagen del aljibe cantado por Seferis.

La cultura se venía perpetuando a través del idioma de los antepasados, por obra de los sacerdotes, quienes reunían más o menos clandestinamente a los jóvenes para entregarles, junto con las enseñanzas de la religión, el legado histórico del glorioso pueblo.

Al mismo tiempo en las montañas, grupos de valientes varones, sencillos y de ánimo inquebrantable, se mantenían rebeldes al dominio turco; a lo largo de cuatro siglos las varias generaciones de los "cleftes", pues así se llaman en griego este tipo de guerrilleros, se hicieron cargo de tener despierto el sentimiento nacional, a costa de todo sacrificio.

Hasta el término con el cual fueron denominados nos revela el género de vida a que tuvieron que someterse: "Cleftes" quiere decir "ladrones", ya que viviendo en las guaridas de los montes, no les quedaba más alternativa que robar, si querían subsistir. Un ejemplo de la más completa renunciación.

Cuando, al comienzo del siglo pasado, sonó también para Grecia la hora de la liberación del yugo extranjero, un aporte muy grande de valor dieron los esforzados "cleftes" a la revolución griega.

Y estos románticos guerrilleros tuvieron también la función de perpetuar el idioma por medio de sus cantos, que se conocen precisamente bajo el nombre de cantos cléfticos.

No olvidemos que el pueblo griego es el pueblo que encuentra en el canto —desde tiempos inmemorables, desde el *epos* homérico— su expresión más inmediata.

Esta necesidad la atestigua el idioma mismo, que es un idioma creado por una sensibilidad de poeta, por alguien que observa la naturaleza con ojos admirados y conmovidos y que descubre un alma en todas las cosas.

Los cantos populares a que hemos aludido y que hasta hoy no han sido recogidos por completo, ya que estaban entregados a una tradición del todo oral, encierran en sí verdaderos tesoros de poesía y han ejercido una gran influencia en la literatura de la Grecia contemporánea.

Otro punto vital para la continuación de la cultura griega durante la época de la represión turca, está representado por las islas del mar Jónico, el mar que baña las costas de Grecia occidental y de Italia meridional.

Estas tierras habían podido substraerse al dominio otomano por estar en el ámbito de la República de Venecia; y el gobierno que Venecia ejerció sobre las islas jónicas fue guiado por un elevado criterio.

En estas islas, al contacto de la cultura italiana, surge una escuela poética griega llamada escuela jónica; pertenece a este ambiente y a esta

escuela el primer gran poeta de la nueva Grecia: Dionisio Solomós, quien —al nacer la nación griega— la saludó con un canto a la libertad, convertido después en el himno nacional de los griegos.

Solomós había estudiado en una universidad italiana y había empezado a escribir en italiano sus primeros versos. Contaba entre sus amigos a Hugo Fóscolo.

Por esta tradición de fraternidad en las letras, se explica la gran predilección de los autores de la Grecia moderna por los maestros de la literatura italiana, sobre todo por Dante. Corresponde a Kazantzakis el mérito de haber traducido al griego moderno toda la Divina Comedia.

La revolución griega principia en 1821 y en medio de penalidades sin fin, Grecia logra libertarse de los turcos. La ayuda oficial de otros estados europeos fue casi nula, pero no faltó la solidaridad de muchos amantes de la Grecia de siempre, quienes fueron a luchar entre las filas de los helenos; es suficiente mencionar el más representativo entre todos, Lord Byron, que espiraba en Misolongui, el 19 de abril de 1824, haciendo ofrenda de su vida por la libertad de Grecia, la gran patria común. Contaba 36 años de edad.

Con el resurgimiento político de la nación, se llega también a la fase de su literatura que es considerada más auténticamente neo-helénica.

Pero Grecia, al momento de proseguir su gran viaje, para usar otra imagen de su máximo poeta de hoy, se encontró frente a un interrogante, a un problema; el problema de la lengua. Cuál sería la lengua de que debía valerse la patria renacida? No sería la misma que usaran Demóstenes y los demás clásicos griegos? Pero el camino natural escogido por el idioma se encontraba en la boca de la gente sencilla; y esta gente no entendía ya casi nada de los textos clásicos, por la diferencia que en los siglos se había establecido entre el griego antiguo y el griego hablado.

Se llegó a una especie de compromiso entre estas dos posiciones y se estableció la *katharévousa* o lengua pura; pero nadie podía detener el cauce vivo de la *dimotiki* o lengua del pueblo.

La *katharévousa* está más directamente relacionada con la lengua clásica y bizantina y sirve para todos los actos oficiales, para la esfera de la más alta cultura, para el sector de la ciencia.

La *dimotiki* o lengua popular se usa como idioma familiar e informal y, desde luego, también para la creación artístico-literaria, que busca lo espontáneo.

En otras palabras, el griego moderno tiene dos formas, que son dos variantes del antiguo griego; dos etapas de su evolución, una menos y otra más avanzada, las cuales conviven —no siempre muy pacíficamente— una al lado de la otra, con esferas distintas de acción; fenómeno éste que puede definirse único en la historia de los idiomas.

Pero el problema de la lengua, que ha tomado en ocasiones hasta cierto carácter político, va resolviéndose solo. En los últimos años las cosas han ido rápidamente cambiando: la lengua popular va ganando siempre

más terreno, también gracias al movimiento cada vez más pujante de las letras, que en estas últimas décadas han llegado a un florecimiento muy grande.

Y cuáles son las características del griego moderno en su fase más adelantada? ¿Qué significa la famosa *dimotiki*? Se ha alejado mucho de lo que era el griego antiguo?.

A pesar de lo que dirían en años ya bastante lejanos, los defensores de la lengua pura, podemos afirmar que no ha perdido su típica fisonomía de conjunto, con respecto al griego antiguo. Tiende sí a simplificar la gramática; la conjugación de los verbos es más sencilla; de los cinco casos de la declinación se ha suprimido el dativo.

Sin embargo el mecanismo del idioma, de tipo sintético, siempre tan ingenioso y sugestivo al unir dos conceptos, a veces tres, en una sola palabra por medio de la yuxtaposición de distintas raíces, sigue firme como característica fundamental, aún más acentuada.

Si hay una lengua que impresiona por su tendencia a conservar, no sólo en el transcurso de los siglos, sino de los milenios, es precisamente el griego. El griego moderno tiene la majestuosidad, la belleza, la precisión, la posibilidad de expresar los más sutiles matices, como el antiguo, y quizá más riqueza aún, más brillantez, más colorido.

Este es el griego de Kazantzakis y de Seferis.

EL POETA

El nombre original del poeta consagrado con la corona de laurel de nuestros tiempos es: Guíorgos (Jorge) Seferiadis; pero desde la publicación de su primera colección de poemas en 1931, empieza a usar el pseudónimo: Seferis.

Seferis suena no tanto como un pseudónimo, sino más bien como la reducción de su apellido a la forma históricamente inicial. En efecto la terminación —*dis*, en sus formas de —*adis* o —*idis*, según los accidentes fonéticos, es una terminación patronímica, indicando la descendencia masculina; en femenino la terminación es sencillamente —*di*, sin la *s*.

Esta clase de patronímico remonta a tiempos muy antiguos: en Homero, Agamenón es Atreides (o Atridis, según la pronunciación del griego moderno) es decir: hijo de Atreo. Ulises es Laertiades (o Laertiadis, como sonaría en griego moderno); significando: hijo de Laerte.

No hemos encontrado ninguna noticia acerca de las razones que puedan haber inducido al poeta a cambiar su nombre de Seferiadis a Seferis. Tal vez no haya una razón aparente definida. Pero no es de excluir que el literato, cuando todavía era desconocido como tal, haya preferido desprender su nombre del de su padre —también literato, profesor universitario de derecho, figura importante en la vida intelectual de Grecia— para ganarse una notoriedad solamente por sus méritos y sentirse, como dijera Cervantes, “hijo de sus obras”.

Seferis nació en el año de 1900, en Esmirna, en Asia Menor, de Stelios Seferiadis y Déspina Tenekidi, siendo ambas familias de pura cepa griega, arraigadas en Esmirna donde existía una colonia griega muy crecida.

Es muy significativo que en estas mismas tierras de Asia Menor, muchos siglos atrás el genio de la estirpe helénica había dado sus primeros frutos. También hay que tener presente que la nación griega, especialmente desde la época helenística, se extiende mucho más allá de los límites territoriales de la Grecia propiamente dicha. En resumen, como consecuencia de hechos y movimientos muy antiguos, todas las islas del Mediterráneo oriental tienen un fuerte contingente de población griega, como también las costas de Egipto. Por ejemplo Alejandría, con su colonia griega, es un importante centro literario de la Grecia moderna, donde se publican actualmente varias revistas de este carácter.

En 1912 la familia Seferiadis se traslada a Atenas, donde el futuro poeta cursa lo que llamamos Bachillerato, graduándose en 1917. El año siguiente se encuentra en París, donde estudia Derecho en la Sorbona y mucha literatura. Entre los poetas franceses, el que más lo impresiona es Valéry. Permanece en París, casi ininterrumpidamente, hasta 1924.

Mientras tanto había recibido el impacto más doloroso de su vida, según su propia atestación: en 1922 la desventurada expedición militar de Grecia en Anatolia contra los turcos, terminaba con una derrota completa y con la masacre de la población griega de Esmirna y otras ciudades de aquellas tierras a las que estaban unidos los primeros recuerdos de la infancia de Seferis. Se ha definido la masacre de Esmirna como la primera etapa dramática en la vida del poeta, que incidirá sobre todo el resto de su vida. La segunda será la guerra mundial y la tercera el problema candente de Chipre, herida aún abierta en el flanco de Grecia.

Íbamos en el año de 1922; ya se venía madurando para Seferis la hora de la poesía; en 1924, estando todavía en París, comienza a escribir versos. En 1925 vuelve a Atenas, teniendo ya clara su vocación poética. Por estos tiempos ingresa al Ministerio de Relaciones Exteriores; porque hay que recordar que Seferis tiene una doble personalidad, por lo cual se le ha calificado como escritor-diplomático.

Para ambos aspectos de su vida, el año de 1931 es un año decisivo, porque señala la publicación de su primera colección de versos: *Strofi*, "*Estrofa*", y también su ingreso en la carrera diplomática, como vicescánsul y luego cónsul general en Londres. Es cuando tiene ocasión de entrar en contacto con el mundo poético de Eliot.

Al volver a Atenas en 1934 funda la revista literaria *Ta nea grámmata*, "*nuevas letras*", mientras sigue componiendo y publicando versos; y en esta misma época desempeña también importantes cargos públicos.

En 1939, siempre en la capital griega, se encuentra con Gide en la casa del crítico Dimarás y lee para el ilustre huésped unos versos de Homero.

Se acerca como una tremenda pesadilla la segunda guerra mundial; reflejando el estado de ánimo de la época, hay varios poemas de Seferis, de

los cuales algunos alcanzan a tener un carácter profético, con relación a los acontecimientos que siguieron.

Al ser ocupada Grecia, Seferis sigue el gobierno griego en exilio, primero en Creta y luego en Egipto, siempre como figura de primer plano y militante en favor de Grecia. Volviendo a Atenas en 1944, después de la liberación de su país, tiene el cargo de Secretario de Estado hasta 1945.

Entre los años 1953 y 1955 efectúa tres viajes a Chipre, escenario de los acontecimientos políticos sabidos por todos, uno de los lugares más propicios para la inspiración del poeta, también por la belleza natural de la isla.

Su última actuación como diplomático abarca desde 1957 hasta 1962, con el cargo de Embajador en Londres. Ya cansado de las labores diplomáticas y del clima de Inglaterra, desfavorable para su salud, en 1962 pidió y obtuvo el regreso a Atenas, donde actualmente vive.

Sus colecciones de versos, en orden cronológico de publicación son las siguientes: "*Estrofa*", a la que ya nos referimos; "*El Aljibe*", "*Leyenda*", "*Gimnopedia*", "*Cuadernos de ejercicios*", publicaciones de antes de la guerra.

En 1961 se hizo una sola edición de todas sus composiciones poéticas, bajo el título de "*Poemas*".

Es también autor de un libro de "*Ensayos*", *Dokimés* y de varias traducciones de poetas ingleses y franceses.

No podemos dejar de recordar los reconocimientos y premios que Seferis obtuvo con anterioridad al Premio Nóbel. Ya desde el tiempo en que se empezaron a traducir sus obras, en 1945, su fama se iba difundiendo en el mundo internacional de las letras; se han hecho traducciones suyas al inglés, francés, italiano, alemán, español, sueco, búlgaro.

La primera traducción española es la del poema "*Helena*", que apareció en la Revista de la Universidad de México en octubre de 1961, por el escritor mejicano Jaime García Terres, la misma reproducida en *El Tiempo* de Bogotá, en ocasión del premio Nóbel, y de la cual nos valemos en la pequeña antología que a continuación presentamos.

En 1947 Seferis recibió en Atenas el premio Palamás de la poesía, recibiendo así el reconocimiento oficial de poeta nacional griego. En 1958 algunas líricas de Seferis, traducidas al inglés y recitadas por un conocido actor, fueron incluidas en la banda sonora de una película de producción inglesa sobre Grecia, cuyo título es *The immortal land*, "*tierra inmortal*".

En 1960 le fue otorgado el título de Doctor "Honoris Causa" en Filología, por la Universidad de Cambridge, acto celebrado con un discurso en griego antiguo, pronunciado por Patrick Wilkinson. En 1961 recibió en Londres el premio Foyle de la poesía. Fue en esta ocasión cuando el poeta dijo: "A pesar de todo, la poesía es útil". En el mismo año su célebre poema *O basiliás tis Asinís*, "*El rey de Asina*", sin duda el más bello de todos, recibe el premio Guinness en la traducción inglesa.

La conclusión que de todo esto podemos sacar es la siguiente: Seferis con sus repetidos viajes, primero, como estudiante en París y luego como diplomático y figura representativa del gobierno griego enriqueció extraordinariamente su espíritu. Ese estado especial suyo le brindó medios de penetración, de comparación, de una información muy completa, agudizando su ya fina perspicacia; todo esto, unido a una sensibilidad filtrada a través de los milenios y vertida en una poesía de la más alta calidad, han hecho de Seferis uno de los más significativos intérpretes del alma europea.

LA OBRA

Después de haber realizado un recorrido a través de su biografía exterior —por decirlo así— examinemos ahora a grandes rasgos su autobiografía poética, para ver cómo él se nos revela en sus creaciones.

Las corrientes innovadoras de la lírica moderna, particularmente francesas, desde el simbolismo, al surrealismo y a la poesía metafísica, le brindaron ciertos medios de expresión.

Según el mandato de la poesía moderna, el poeta puede buscar, en la expresión de sus sentimientos, una lógica que no es la misma que rige la vida común; sino otra, más profunda y verdadera. La lógica común, dando contornos definidos a cada cosa o entidad, es responsable de la separación que media entre ellas. El poeta —dice siempre la poética moderna— debe franquear estas barreras, buscando una coherencia más íntima por medio de la sucesión de imágenes, cuyo enlace puede quedar superficialmente secreto.

Solamente así la poesía, con un proceso que la lleva a libertarse de los expedientes habituales del discurso y tiende a devolver a las palabras su poder original y mágico, logra crear profundos momentos emotivos.

Seferis ha adoptado este credo y ha sido el primero en introducir en Grecia este nuevo género de poesía, que él sabe manejar con un gran sentido de proporción y medida, por aquella línea de armonía y de equilibrio, en que siempre se mantiene el arte en el ambiente del Mediterráneo. En realidad muy rara vez el simbolismo se hace pesado en este poeta griego.

En la densa poesía de Seferis, que no llega a una gran extensión, podemos con tranquilidad afirmar que encontramos expresados todos los sentimientos, en los matices más sutiles y siempre de una manera que satisface y conmueve.

Es difícil enumerar sus cualidades separadamente del examen de sus creaciones; sin embargo, hay una muy definida y que es su aporte más novedoso en el campo de la poesía: es la vibración que alcanza su alma por su condición de griego.

El es: Seferis, “el griego”, como lo ha definido muy agudamente un crítico inglés y traductor suyo. De su sensibilidad, polarizada en este

hecho, emana la profunda fascinación de su poesía, porque en el ambiente evocador de la Grecia eterna, en las laderas de sus montañas, en sus litorales, en sus islas, donde los nombres geográficos significan milenios de historia, en esa realidad llena de aquella belleza que ha alimentado el alma helénica desde siempre, Seferis contempla y escucha. Los límites del tiempo desaparecen, los personajes de la leyenda y de la historia de Grecia son vivos, hacen parte del paisaje; son su complemento natural. Entre ellos y el poeta hay un entendimiento profundo, por un parentesco de sangre y de dolor.

Se dirá que no es una novedad el de recordar los hechos mitológicos o históricos de la antigua Grecia, y revivirlos en la poesía; al contrario, es lo más común en las letras, ya que la literatura de todos los países y de todos los tiempos se ha inspirado repetidamente en este mundo grandioso, que parece inagotable. Pero por su mismo carácter de solemnidad y lejanía; por haberse convertido en modelos y por pertenecer al mundo académico, estas figuras las habíamos conocido muchas veces como relegadas en una atmósfera que fácilmente degenera en lo convencional y retórico.

Pero en Seferis, el acuerdo con que estas figuras nos hablan es distinto, es apaciguado, es fácil. Ellas son tan verdaderas como puede ser verdadero un árbol o un río¹.

A propósito de Seferis, el autor Henry Miller, en su obra: "*El coloso de Maroussi*", dice: "El hombre que ha atrapado este espíritu de eternidad que se encuentra en Grecia por todas partes y que lo ha transplantado a sus poemas es Jorge Seferiadis, cuyo pseudónimo literario es Seferis". Y más adelante agrega: "Es un apasionado de su país y de sus compatriotas, no por obstinado fanatismo patriótico, sino como resultado de un paciente descubrimiento hecho durante los años de estancia en el extranjero."

La idea de Grecia está siempre presente en Seferis. En un poema intitulado "*Micenas*" dice:

*"Estas piedras las levanté cuanto pude
estas piedras las amé cuanto pude
estas piedras mi destino".*

y es más que una idea, es una pasión. Es el dolor que le causa el ver la antigua grandeza comparada con la pobreza presente. A veces ese pensamiento se vuelve obsesivo: un mundo de estatuas mutiladas, que encierran un mensaje, pero que él —por más esfuerzo que haga— no logra descifrar. —"Es un alma que lucha para identificarse con su alma".— Y al observar muy bien ese paisaje griego, donde se mueven compesinos

1. Un crítico griego, Nikolareizis, en un artículo que apareció en la revista "*Nea Hestia*", ("*Nuevo Fuego*" o "*Nuevo Hogar*") en 1947, cuyo título es: "La presencia de Homero en la poesía neo helénica", hace un estudio crítico que impresiona por su análisis preciso y agudo; y a propósito de este poder de Seferis entre mediánico y órfico, de sentir tan presentes las figuras de la antigüedad, ve la posibilidad de que alguien preguntase si, al descender estas figuras de su pedestal, no perderán algo de su íntima esencia. El crítico contesta diciendo que ésto en Seferis, —si acaso sucede— sucede muy contadas veces y por voluntad y bajo el control del mismo poeta.

y campesinas, dedicados normalmente a la labranza, puede también petrificarse en cualquier momento, por el mismo sortilegio de que está impregnado el aire; este es el argumento del poema *Engomi*.

El símbolo de la estatua, que vuelve varias veces en distintas formas, como otros símbolos que examinaremos más adelante, incluye un doble valor: uno negativo que indica cesación de la vida y otro positivo, que es la perpetuación de lo inmanente, de lo que debe escapar a lo accidental y que debemos volver eterno en nosotros.

Hemos tocado otro punto clave de la poesía de nuestro autor: la musa de Seferis, o —como alguien dijera— la esfinge de Seferis tiene un doble rostro.

Su tristeza es muy profunda muchas veces, especialmente cuando siente y medita todos los tremendos problemas de nuestros tiempos dentro del ámbito helénico y más allá de él: guerras, destrucciones, esclavitudes, cambios de valores morales, compraventa de almas.

Pero aún en los momentos más sombríos encuentra una ayuda de salvación, una esperanza para el futuro, un consuelo, que puede consistir en el diseño de una casita, blanca como una capilla, sobre el mar; o de un pino colgado de una roca bañada por el mar, o en el juego de la sombra y de la luz en la orilla del mar...

Y el mar, siempre el mar.

Así es la poesía de Seferis.

MUESTRAS DE LA POESIA

En la breve colección que presentamos a continuación no figura el poema que se considera unánimemente el más bello de Seferis: "*El rey de Asinas*", cuya traducción inglesa ganó un premio literario, como dijimos. Por su extensión habría sido imposible leerlo todo en una sesión como esta y por otra parte nos pareció inaceptable fraccionarlo. Pero, por lo menos daremos una idea del contenido.

La inspiración para esta poesía surgió en el poeta de una visita a las ruinas de la antigua ciudad de Asina, cerca de Epidauro, en la costa oriental del Peloponeso.

En el segundo libro de la *Iliada*, Homero hace el recuento de todas las naves que componían la flota de los griegos, con el nombre de la localidad y del rey correspondiente, según su procedencia. De Asina (en el verso 560) es apenas recordada la ciudad, pero no el nombre del rey; este rey desconocido, olvidado por todos, aún por Homero es el elemento que pone a funcionar el mecanismo psíquico del poeta, quien al encontrarse frente a esa realidad de murallas medio derruidas, de líneas mutiladas, sobre una costa marina tan esplendorosa como indiferente, se convence con amargura que todo es un vacío. El rey de Asina, un vacío debajo de una máscara de oro, si sus anhelos se han resuelto en la nada y el viento ha dispersado sus pensamientos. Sus naves ancladas en un

puerto desaparecido. Sigue diciendo el texto: "El poeta se detiene a mirar esas piedras y se pregunta: aquí donde pasa la lluvia y el viento y la destrucción, existe la conmoción del rostro, la figura del afecto de las personas que tan extrañamente han desaparecido de nuestra vida?" y contesta: "Tal vez no, tal vez no queda nada y el mismo poeta es un vacío."

Por las mismas razones de antes, tuvimos que renunciar a otra joya finísima: "*Stratis, el marino, describe a un hombre*", poema en que Seferis se revela maestro insuperable en delinear su alma, en dibujar su paisaje interior, desde los años de la niñez, a la adolescencia, a la juventud y a la edad madura.

De las poesías copiadas, la primera es una breve composición de dos estrofas, que hace parte de un poema, constituido por cinco elementos, intitulado: *Eroticós logos*. El título lo hemos traducido "*Canto de amor*", pero advertimos que la palabra griega *logos* de múltiples significados, no tiene, en este caso, una equivalencia adecuada.

ΕΡΟΤΙΚΟΣ ΛΟΓΟΣ

Ρόδο της μοίρας, γύρευες νά βρεῖς νά μᾶς πληγώσεις
μά ἔσχυρες σάν τό μυστικό πού πάει νά λυτρωθεῖ
κι' ἔλταν ὠραῖο τό πρόσταγμα πού δέχτηκες νά δώσης.
κι' ἔλταν τό χαμογέλιο σου σάν ἔτοιμο σπαθί.

Τοῦ κύκλου σου τό ἀνέβασμα ζωντάνευε τῇ χτίσει
ἀπό τ' ἀγκάθι σου ἔφευγε τοῦ δρόμου ὁ στοχασμός
ἡ ὁρμή μας γλυκοχάραζε γυμνή νά σ' ἀποκτήσει
ὁ κόσμος ἔλταν εὐκόλος, ἕνας ἀπλός παλμός.

Traducción:

CANTO DE AMOR

Rosa del destino, tratabas de herirme,
pero te inclinabas, como el secreto en el momento de revelarse
y era bella la orden que querías impartir
y tu sonrisa era como una espada amenazante.

La armonía de tu círculo que subía daba vida a la naturaleza;
de tu espina manaba la visión y el azar del camino;
nuestro anhelo de poseerte dulcemente amanecía desnudo;
el mundo era fácil: un sencillo latido.

Comienza el poema con dos palabras, que representan cada una un símbolo muy caro al poeta: la rosa y el destino. Examinaremos en seguida lo que significa la rosa; en cuanto al destino, hay que recordar que es un punto firme en el sistema poético de Seferis.

El destino ineludible, tremendo y justo que embarga la atmósfera griega de la antigüedad, es la clave explicativa de toda la tragedia clásica y a lo largo de los siglos ha dejado una huella tenaz en la conciencia del pueblo, como lo manifiesta el riquísimo folklore griego actual.

Por ejemplo, cuando nace un niño, según la creencia popular, lo visitarían repetidamente por varios días las *Mires* o mujeres del destino, que no son sino la continuación histórica ininterrumpida de las tres Parcas del mito antiguo. Precisamente Seferis tiene un poema, cuyo título es: "*La forma de la suerte*", aludiendo a los signos inexplicables y graves que rodean la cuna del recién nacido.

Está tan entretejida esta idea del hado con el alma misma de Grecia, que en Seferis —osaría decir— aflora no tanto a través de la conciencia, cuanto de la penumbra del subconsciente.

¿Cuál es el significado del breve poema que es objeto de nuestro estudio?

El destino de la vida es como una rosa. La rosa nace así, siguiendo una necesidad consecuente; la disposición circular de sus pétalos en la corola está de antemano dirigida y prevista. La rosa es bella y armoniosa: así también es la vida. En la simetría y en el número, que descubrimos en las leyes fijas de la naturaleza, parece —por momentos— que se nos revele el secreto de la existencia. Pero tampoco se nos concede por completo —y ese momento de ficticia claridad, es como un relámpago que puede aliviarnos o confundirnos más: es como la sonrisa de la persona amada.

Las espinas en la rosa son la antítesis de su belleza y encanto. Pero son también inevitables y por tanto necesarias. Los mismos momentos de dolor y de tristeza nos preparan para penetrar y poseer la vida: no se conocería la dicha del regreso, si nunca hubiéramos experimentado el sufrimiento de la separación. No apreciaríamos la dulzura de un amanecer, si no hubiéramos pasado por las angustias de las tinieblas, y —es precisamente en un amanecer así que nos damos cuenta de tener la vida en la mano: es la misma pulsación de la sangre.

Importante es el metro de esta poesía, que descende directamente de los cantos cléfticos, los cantos de los guerrilleros a que aludíamos antes; tiene rima alterna, es decir el primer verso hace rima con el tercero y el segundo con el cuarto.

El verso es de quince sílabas, el más tradicional y auténtico en la poesía neo-griega; y el poeta logra combinarlo felizmente con las exigencias de la poesía moderna.

Sigue ahora la primera parte de un poema muy famoso, traducido a varios idiomas. El texto griego no se vale de versos propiamente, sino de una prosa ritmada.

ΠΑΝΩ Σ'ΕΝΑΝ ΞΕΝΟ ΣΤΙΧΟ

Εὐτυχισμένος πού ἔκανε τό ταξίδι τοῦ Ὀδυσσεά.
 Εὐτυχισμένος ἂν στό ξεκίνημα, ἔνοιωθε γερή τήν ἀρματωσιά μιᾶς
 ἀγάπης, ἀπλώμενη νέσα στό κορμί του, σάν τίς φλέβες ὅπου
 βουλίζει τό αἷμα.

Μιᾶς ἀγάπης μέ ἀκατέλυτο ρυθμό, ἀκατανίκητης σάν τή μουσική
 καί παντοτινῆς
 γιατί γεννήθηκε ὅταν γεννηθήκαμε καί σάν πεθαίνουμε, ἂν πε-
 θάλνει, δέν τό ξέρουμε οὔτε ἐμεῖς οὔτε ἄλλος κανεῖς.

Παρακαλῶ τό θεό νά μέ συντρέξει νά πῶ, σέ μιᾶ στιγμή μεγάλης
 εὐδαιμονίας, ποιά εἶναι αὐτή ἡ ἀγάπη.
 κάθομαι κάποτε τριγυρισμένος ἀπό τήν ξενιτειά, κι' ἀκούω τό
 μακρινό βούισμά της, σάν τόν ἀχό τῆς θάλασσας πού ἔσμιξε
 μέ τό ἀνεξήγητο ὁρολάπι.

Καί παρουσιάζεται μπροστά μου, πάλι καί πάλι, τό φάντασμα τοῦ
 Ὀδυσσεά, μέ μάτια κοκκινισμένα ἀπό τοῦ κυμάτου τήν ἀρμύρα
 κι' ἀπό τό μεστωμένῳ πόθο νά ξαναδεῖ τόν καπνό πού βγαίνει
 ἀπό τή ζεστασιά τοῦ σπιτιοῦ του καί τό σκυλί του πού γέρασε
 προσμένοντας στή θύρα.

Traducción:

SOBRE UN VERSO EXTRANJERO

Afortunado quien hizo el viaje de Ulises.
 Afortunado si, en su partida, sentía firme la
 coraza de un amor, extendida entre su cuerpo,
 como las venas donde zumba la sangre.

De un amor con un ritmo indisoluble, invencible
 como la música y perenne,
 porque nació cuando nacimos y no sabemos,
 ni nadie lo sabe, si ha de morir cuando muramos.

Ruego a Dios que me ayude a decir, en este
 momento de gran felicidad, cuál es este amor.
 Estoy sentado a veces envuelto en el exilio,
 y escucho su lejano rumor, como el eco
 del mar mezclado con la extraña tempestad.

Y se presenta delante de mí, una vez más,
 el fantasma de Ulises, con los ojos enrojecidos

por la sal marina y por el maduro deseo
de ver de nuevo el humo que sale
del calor de su casa y a su perro que
envejeció esperándolo ante la puerta.

El poema está inspirado en el héroe homérico Ulises y fue escrito en la nochebuena de 1931. El poeta se encontraba en Inglaterra, lejos de su hogar.

La figura de Ulises es en la creación homérica, quizás la más típicamente helénica, y al mismo tiempo la más humana y universal. Es el héroe que confía en su inteligencia, siempre lista a sugerirle la manera de vencer, ya sea en Troya con la estratagema del caballo de madera, ya sea en la isla del salvaje gigante Polifemo. Tiene la virtud de la paciencia y sabe sufrir; conoce muy bien el arte de construir naves y de navegar; no se detiene ni tiembla ante los peligros, sino que quiere satisfacer siempre su deseo insaciable de conocer y experimentar. Es más fuerte que los demás. No es esclavo de nada, ni de nadie: su voluntad es sin límites. Es leal con sus compañeros; los quiere, los protege, cuida de ellos. Tiene también una meta fija delante de sus ojos y en su corazón; volver a Itaca, su patria, sentir la emoción de ver a lo lejos, de regreso, el humo que sale de su casa, estar de nuevo en su hogar y reunirse con su fiel esposa, la inolvidable Penélope.

Por su carácter tan complejo y completo todos los humanos pueden reconocerse en Ulises, ya sea por uno o por varios aspectos o por todos.

De esta figura hay muchas elaboraciones en distintas culturas y en varias épocas; una de estas es la del poeta francés Du Bellay y del siglo XVI, que justifica el título de Seferis: "*Sobre un verso extranjero*".

Pero para no salir del ámbito del Mediterráneo, examinaremos rápidamente las variantes de este héroe legendario según Dante, Petrarca, D'Annunzio y Kazantzakis.

Dante que tenía de la vida una concepción heroica, como hombre representativo de la Edad Media, desarrolla de Ulises el motivo más elevado, que es el continuo empuje que anima al ser humano a ir siempre más allá, el mismo ideal que lo llevará muy pronto a explorar los astros.

El Ulises de Dante —en el libro 26º del Infierno— no vuelve a la isla de Itaca, como en la leyenda homérica; después de haber proseguido, con un sinnúmero de peligros, hasta el extremo límite occidental del Mediterráneo, donde Europa y Africa casi se tocan, no se detiene en el límite marcado por las columnas de Hércules aún no franqueadas.

Incita a sus compañeros a seguirle más allá, para llenar sus breves últimos días de vida con una experiencia única: ir detrás del sol, navegar por el mar aún desconocido:

Fati non foste a viver come bruti,
ma per seguir virtute e conscenza.
"No habéis nacido para vivir como brutos,
sino para alcanzar virtud y conocimiento".

Con estas palabras termina Ulises su breve arenga a los compañeros, quienes enardecidos lo siguieron en la hazaña más temeraria y arrebatadora de navegar por el Océano Atlántico siempre hacia la izquierda, sin guía ya de las conocidas constelaciones, hasta llegar a la vista de una tierra nunca mirada por ojos humanos y todos allí encuentran la muerte.

Recordamos de paso que Dante escribía esto alrededor de 1313.

Páscoli, uno de los más grandes poetas de la Italia moderna, en su lírica intitulada "*El retorno*" describe el momento en que Ulises vuelve finalmente a Itaca, después de veinte años de penalidades. O más bien revive Páscoli, en clave romántica, el estado de ánimo de ese hombre que vuelve a su patria soñada y deseada por diez y diez años más y experimenta la tremenda sensación de llegar como un extraño.

Páscoli utiliza y hace propios todos los elementos del cuento homérico: nadie en Itaca reconoce a Ulises, a excepción de su viejo perro, que muere después de haber visto a su amo, a quien tanto había esperado.

El mismo Ulises, cuando se despierta en la playa de Itaca, donde lo han colocado, dormido, los Feacios, no se da cuenta de encontrarse en su patria; ya no reconoce esos parajes que le habían sido tan familiares, no reconoce la fuente, ni puede reconocer —es aquí donde interviene la voz de Páscoli— el manzano y el pero florecidos junto a la fuente, porque puntualmente todos los años, al volver de la primavera esos árboles habían florecido de manera distinta en su corazón.

D'Annunzio que ha entregado a un entero volumen de poesías —*Maya*— sus impresiones sobre Grecia, donde hiciera un verdadero peregrinaje del espíritu en sus años de juventud, con otros dos literatos, en una de estas composiciones intitulada: "*Hacia la Hélade santa: un encuentro con Ulises*", imagina que navegando por el mar Jónico en un pequeño navío hacia Grecia, él y sus pocos compañeros ven de lejos el barco de Ulises; llaman al héroe para que les consienta unirse con él y seguirle para siempre.

Ulises, el hombre de intelecto y de ánimo y fuerzas físicas superiores, no responde y prosigue su ruta. Únicamente concede una mirada al más esforzado del grupo —al poeta mismo— que por efecto de esa fulgurante mirada ya se siente distinto de los demás, separado, maravillosamente solo.

Siguiendo la inspiración de Dante, el Ulises de Kazantzakis tampoco vuelve a Itaca, sino que se dirige a metas mucho más lejanas y llega al Polo Norte, con sus desiertos de hielo.

La superioridad de este Ulises fundido en un molde de gigante, el superhombre a lo Nietzsche, estriba en establecer una nueva escala de valores: este Ulises está lleno de amargura, pero sereno; confía únicamente en su inteligencia y en su poder.

El Ulises de Seferis es a la manera de Seferis. Tiene la nobleza del antiguo personaje: es alto, es fuerte; sus manos, las mismas que en Homero podían, ellas solas, tender el gran arco, esas manos son tan hábiles que

casi podría hacer el milagro de regalarnos —en pleno invierno— un día de bonanza.

Pero a la vez es un personaje que se adapta a nuestro ambiente; nos inspira confianza, porque habla con sencillez; es una figura de buen anciano y de buen padre. Es un marino milenario, como los hay en las costas del Mediterráneo, en los pueblos ribereños, de casitas encaramadas en un promontorio.

Es el hombre que la naturaleza misma, avara de sí, obliga a navegar, porque no le puede ofrecer otro recurso de vida. El está conforme con su duro trabajo y ama más que todo en el mundo su tierra, su hogar, su mujer.

Seferis hace una minuciosa y lúcida introspección y traduce en palabras, que nunca habíamos oído así de conmovidas y conmovedoras, el sentimiento de quien ama, sabiendo de ser amado. No importa si hay que emprender un largo azaroso viaje: la conciencia de ese amor será su invisible y segura defensa.

ΕΛΕΝΗ

"Τ'ἀνδόνια δέ σ'ἀφήνουνε νά κοιμηθεῖς στίς Πλάτρες."
 Ἀνδόνι ντροπαλό, μέσ στόν ἀνασασμό τῶν φύλλων,
 σύ πού δωρίζεις τή μουσική δροσιά τοῦ δάσους
 στά χωρισμένα σώματα καί στίς ψυχές
 αὐτῶν πού ζέρουν πώς δέ θά γυρίσουν.
 Τυφλή φωνή, πού ψηλαφεῖς μέσα στή νυχτωμένη μνήμη
 βήματα καί χείρονομίες· δέ θά τολμούσα νά πῶ φιλήματα·
 καί τό πικρό τρικύμισμα τῆς ξαγριεμένης σκλάβας.

"Τ'ἀνδόνια δέ σ'ἀφήνουνε νά κοιμηθεῖς στίς Πλάτρες."
 Ποιές εἶναι οἱ Πλάτρες; Ποιός τό γνωρίζει ποῦτο τό νησί;
 Ἔζησα τή ζωή μου ἀκούγοντας ὀνόματα πρωτάκουστα:
 καινούργιους τόπους, καινούργιους τρέλες τῶν ἀνθρώπων
 ἢ τῶν θεῶν·

ἡ μοῖρα μου πού κυματίζει
 ἀνάμεσα στό στερνό σπαθί ἑνός Αἴαντα
 καί μιάν ἄλλη Σαλαμίνα
 μ'ἔφερε ἐδῶ σ'αὐτό τό γυρογιάλι.

Τό φεγγάρι

βγήκε ἀπ'τό πέλαγο σάν 'Αφροδίτη·
σκέπασε τ'ἄστρα τοῦ Τοξότη, τώρα πάει νά 'βρει
τὴν Καρδιά τοῦ Σκορπιοῦ, κι' ὅλα τ'ἀλλάζει.
Ποῦ εἶν' ἡ ἀλήθεια;
Εἴμουν κι' ἐγὼ στόν πόλεμο τοξότης·
τό ριζικό μου, ἑνός ἀνθρώπου πού ξαστόχησε.

'Ανδόνι ποιητάρη,
σάν καί μιὰ τέτια νύχτα στ' ἀκροθαλάσσι τοῦ Πρωτέα
σ' ἄκουσαν οἱ σκλάβες Σπαρτιάτισσες κι' ἔσυραν τό θρήνο,

"κι' ἀνάμεσό τους - ποῖός θά τό 'λεγε; - ἡ 'Ελενη·
Αὐτή πού κυνηγούσαμε χρόνια στό Σκάμαντρο.
Εἴταν ἐκεῖ, στά χεῖλια τῆς ἐρήμου· τὴν ἄγγιξα, μοῦ μίλησε·
"Δέν εἶν' ἀλήθεια, δέν εἶν' ἀλήθεια φώναζε.
"Δέν μῆκα στό γαλαζόπλωρο καράβι.
"Ποτέ δέν πάτησα τὴν ἀντρειωμένη Τροία."

Μέ τό βαθύ στηθόδεσμο, τόν ἥλιο στά μαλλιά, κι' αὐτά
τό ἀνάστημα

Ἰσκιοι καί χαμόγελα παντοῦ
στούς ὦμους στούς μηρούς στά γόνατα·
ζωντανό δέρμα, καί τά μάτια
μέ τά μεγάλα βλέφαρα,
εἴταν ἐκεῖ, στήν ὄχθη ἑνός Δέλτα.

Καί στήν Τροία;

Τίποτε στήν Τροία - ἕνα εἶδωλο.

"Ἔτσι τό θέλαν οἱ θεοί.

Κι' ὁ Πάρης, μ' ἕναν Ἰσκιο πλάγιαζε σά νά εἴταν
πλάσμα ἀτόφιο·

κι' ἐμεῖς σφαζόμασταν γιὰ τὴν 'Ελένη ὅεκα χρόνια.

Μεγάλος πόνος εἶχε πέσει στήν 'Ελλάδα.

Τόσα κορμιὰ ριγμένα

στά σαγόνια τῆς θάλασσας στά σαγόνια τῆς γῆς·
τόσες ψυχές.

δοσμένες στίς μυλόπετρες, σάν τό σιτάρι.

Κι' οἱ ποταμοί φουσκῶναν μέσ στή λάσπη τό αἶμα
γιὰ ἕνα λινό κυμάτισμα γιὰ μιὰ νεφέλη
μιᾶς πεταλούδας τίναγμα τό πούπουλο ἑνός κύκνου
γιὰ ἕνα πουκάμισο ἀδειανό, γιὰ μιάν 'Ελένη.

Κι' ὁ ἀδελφός μου;

Ἄνδονι ἄνδονι ἄνδονι,

τ' εἶναι θεός; τί μή θεός; καί τί τ' ἀνάμεσό τους;

“Τ’ ἀνδόνια δέ σ’ ἀφήνουνε νά κοιμηθεῖς στίς Πλάτρες”
Δακρυσμένο πουλί,

στήν Κόπρο τή θαλασσοφίλητη
πού ἔταξαν γιά νά μοῦ θυμίζει τήν πατρίδα,
ἄραξα μοναχός μ’ αὐτό εἶναι παραμύθι,
ἂν εἶναι ἀλήθεια πώς οἱ ἀνθρώποι δέ θά ξαναπιάσουν

τόν παλιό δόλο τῶν θεῶν·

ἂν εἶναι ἀλήθεια
πώς κάποιος ἄλλος Τεῦκρος, ὕστερα ἀπό χρόνια,
ἢ κάποιος Αἴαντας ἢ Πρίαμος ἢ Ἑκάβη
ἢ κάποιος ἄγνωστος, ἀνώνυμος, πού ὥστόσο
εἶδε ἕνα Σκάμαντρο νά ξεχειλάει κουφάρια,
δέν τό ’χει μέσ στή μοίρα του ν’ ἀκούσει
μαντατοφόρους πού ἔρχονται νά ποῦνε.
πώς τόσος πόνος τόση ζωή
πήγαν στήν ἄβυσσο
γιά ἕνα πουκάμισο ἀδειανό γιά μιάν Ἑλένη.

HELENA

(Trad. de Jaime García Torres).

“Los ruiseñores no te dejarán dormir en Platres”.
Tímido ruiseñor, en el aliento de las hojas,
tú regalas música bañada
por el rocío de los bosques
a cuerpos desunidos y a las almas
de quienes saben imposible su regreso.
Ciega voz, en la nocturna memoria revolviendo
pisadas, ademanes —no diré besos—
y los acres jadeos de la bárbara sierva.
“Los ruiseñores no te dejarán dormir en Platres”.
Y Platres, qué? Quién conoce esta isla?
He vivido mi vida oyendo nombres nunca oídos antes:
nuevos lugares y locuras nuevas de los hombres
y de los dioses; mi destino oscilante
entre la última estocada de un Ayax
y el hallazgo de otra Salamina
me trajo aquí, a esta playa.
La luna
se levanta del mar como Afrodita;
desvanece los astros del Arquero, ahora asciende
al corazón de Scorpio, y todo así transforma.
Dónde está la verdad?
Arquero fui también cuando la guerra;
mi suerte es la de un hombre que erró el blanco.

Ruiseñor melodioso,
en una noche como ésta, sobre las playas de Proteo,
te escuchaban las jóvenes esclavas espartanas
y alzaron su lamento,
y entre ellas estaba —quién lo pensara, quién— ¡Helena!
Ella buscada tantos años en aquel Escamandro por nosotros.
Estaba en las orillas del desierto; yo la toqué; me habló:
“No es verdad, no es verdad” —dijo gritando.
“Yo no abordé jamás el barco azul.
Nunca pisé la tierra varonil de Troya”.
Ceñido el pecho, el sol en sus cabellos, enhiesta la figura,
las sombras y sonrisas dondequiera
en sus hombros y muslos y rodillas;
viva la piel, y con aquellos ojos
de pestañas enormes,
estaba allí sobre los bancos de un Delta.
Más en Troya?
En Troya, nada —un fantasma.
Así lo dispusieron las deidades.
Con una sombra yacía Paris, cual si fuera sólida;
y nosotros matamos los unos a los otros por Helena
durante diez inmensos años.
Grave dolor había llovido sobre Hélade.
Tantos cuerpos lanzados
a las fauces del mar, a las fauces de la tierra;
tantas almas
trilladas cual espigas en piedras de molino.
Los ríos exudaban entre el lodo la sangre
por una ondulación de lino, por una nubecilla,
un aletear de mariposa, por la pluma de un cisne,
una prenda vacía, por una Helena.
Y mi hermano?
Ruiseñor, ruiseñor,
qué cosa es Dios? qué cosa no lo es? y en medio de ambas cosas?
“Los ruiseñores no te dejarán dormir en Plátres”.
Medroso pájaro,
en Chipre besada por el mar,
en donde fue su voluntad que me acordase de mi patria,
yo solo mis amarras eché, con esta fábula,
si fábula es la mía,
si en verdad los hombres ya no acogerán de nuevo
el viejo engaño de los dioses;
si en verdad
al correr de los años otro Teucro, o Príamo o alguna Hécuba
o alguien desconocido, anónimo, pero que hubiese visto
un Escamandro con aquellos aluviones de cadáveres,
no estuviese llamado fatalmente
a oír al emisario que descubre
cómo tanto dolor y tanta vida
se despeñaron al abismo
por una prenda vana, por alguna Helena.

Para la comprensión de esta poesía es importante recordar que el poeta se inspira en el mito tratado por Eurípides en su tragedia: *Helena*, según el cual a Troya habría ido con París un simulacro de Helena, mientras la verdadera Helena habría sido transportada por la diosa Hera a Egipto y confiada a Proteo; de tal suerte que griegos y troyanos habrían combatido la larga guerra de Troya por un mero fantasma.

El ambiente que le sirve de fondo al poema es la isla de Chipre, un ambiente de milagro. Nos convencemos de que debe estar esa isla impregnada de una fascinación muy particular, si nos acordamos que la leyenda hace nacer a Afrodita, la diosa del amor, precisamente en Chipre, de la espuma de una ola, pues *afrós*, en griego, significa: espuma.

El poeta se encuentra en Platres, una pequeña y pintoresca localidad de montaña en el interior de la isla. Es de noche; las notas de un ruiseñor caen sobre el alma como gotas de rocío. La luna ha salido del mar, como Afrodita; su clara luz, que borra los contornos y multiplica los espacios, da realidad y consistencia a las visiones del poeta. Y es transportado por su fantasía a la playa de Egipto; allí ve a Helena, la Helena verdadera. Ella habla con él y le dice: "No es verdad; nunca he subido a la nave de proa azul; yo nunca he pisado la tierra de Troya".

Entonces en este punto el poeta se detiene a describir a Helena.

En vano habíamos esperado encontrar en la *Iliada* noticias precisas acerca de esa portentosa belleza. Homero no lo cuenta. Puede ser que la domine a veces *leucolene*, "de los blancos brazos" o *dia guinaikón*, "divina entre las mujeres".

En una ocasión Homero nos hace sentir el poder de su encanto en forma indirecta: cuando, en el tercer libro de la *Iliada*, Helena se dirige a la torre de las puertas Esceas, para mirar el duelo entre París y Menelao, los ancianos de Troya que se encontraban allí, al verla llegar dicen: valía la pena hacer la guerra por una mujer como esta.

Ahora otro poeta de estirpe helénica, escuchando en una noche de luna el ruiseñor, que no es sino su voz interior, puede hacerse intérprete del primer poeta de la misma estirpe y revelarnos el esplendor de los cabellos de Helena.

Vuelve el poeta a preguntarse maravillado qué cosa pasó entonces en Troya: en Troya se perdieron tantas vidas, en diez años de lucha atroz, por una sombra, por una nube, por una brizna, por una nada. Y lleno de dolor y desconcierto pregunta de nuevo: dónde está la verdad? Qué es Dios?

Especialmente en la última estrofa se siente clara la alusión al problema de Chipre. Surge la duda de que tantos esfuerzos, desde hace tantos años para conseguir la anexión a Grecia, se despeñen al abismo y resulten nulos como toda una guerra de Troya.

El último poema que presentamos es un breve fragmento:

ΛΙΓΟ ΑΚΟΜΑ

Λίγο ακόμα
 θά ἴδοῦμε τὶς ἀμυγδαλιές ν' ἀνθίζουν
 τὰ μάρμαρα νά λάμπουν στὸν ἥλιο
 τῇ θάλασσᾳ νά κυματίζει

Λίγο ακόμα,
 νά σηκωθοῦμε λίγο ψηλότερα

UN POCO MAS

Un poco más
 y veremos florecer los almendros,
 los mármoles brillar al sol,
 y mecerse las olas del mar.
 Un poco más
 elevémonos todavía un poco más.

Estamos convencidos de que solamente a los poetas les es concedido penetrar el significado de la vida; y con razón un conocido filósofo afirmaba que "la vida se nos da a conocer por la poesía, antes de revelárse-nos por la realidad".

Parece que Seferis haya afirmado con ocasión del premio Nóbel: "Nunca, como ahora, el mundo ha necesitado de la poesía y de los poetas".

Es verdad: necesitamos ese verbo; nos es indispensable esa palabra que consuela, que crea un puente maravilloso con el misterio y que nos sostiene para perseguir metas siempre más altas.